



"La Nación", Buenos Aires
18 marzo 1923 8-599

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II

Del cotarro literario

18 marzo 1923

(Para La Nación)

SALAMANCA, febrero de 1923.

por MIGUEL DE UNAMUNO

HEMOS leído en una revista de aquí, española, un artículo de Salaverría titulado "Intelectualismo y propaganda", en el que se lamenta de la poca estimación política y social que al literato se le asigna en "España". "El hecho es evidente"—dice, lo que le ahorra el demostrarlo.—Por nuestra parte creemos que el hecho no es evidente, o mejor, que no es hecho y que en España no se le estima política y socialmente al literato menos que en otras Naciones. Acaso más. La literatura ha sido en España tan considerada y estimada como puede serlo en cualquier parte. Y si el literato no ha hecho fortuna es porque hay poca gente que lea y mucha menos que compre libros de literatura.

Habla luego de que no existe entre los literatos espíritu de corporación, que "formamos una grey anárquica en la que cada cual tira por su lado". Esto ocurría ya en Roma en tiempo de Horacio y ocurre en todas partes. Aunque el amigo Salaverría crea que en Francia, v. gr.—es su obsesión—hay más tacto de codos entre los hombres de letras. Lo que hay es más curiosidad.

En seguida hace notar cómo en la prensa suramericana (no "sudamericana, amigo corrector de pruebas) abundan los trabajos de publicistas europeos dedicados a comentar con detenimiento la aparición del último libro francés, italiano o centro-europeo... a la mayor gloria del propio país y de la propia mercancía nacional". Agrega que "si aquí se habla de un libro, es a regañadientes y aun entonces por la presión insalvable de la amistad". Y luego: "Por espíritu de clase, por una idea de conveniencia colectiva, por difundir el prestigio intelectual español en el

extranjero... esto no se usa todavía entre nosotros".

Pues bueno, seamos claros y justos. Si los escritores españoles apenas hablamos los unos de los libros que escriben los otros es porque no sabemos leerlos. Algunos ni los saben leer. Si hablamos de un libro, cuando lo hacemos, a regañadientes es porque a regañadientes y por ruego del autor, solemos leerlo. Pues es cosa fatigosa y penosa leer un libro para hablar de él, tener que leerlo. Y es lo que hace tan meritoria y a la vez tan ingrata la profesión de crítico. ¿Tener que leer un libro "para" hablar de él? ¡Horror! Muchos prefieren hablar de él sin haberlo apenas leído—a lo más ojeado—y por referencias o por la idea previa, y casi siempre prejudicial y legendaria, que tienen del autor.

Y si no nos leemos los unos a los otros no es por hostilidad ni por menosprecio sino porque el que escribe cuando lee—que son legión los escritores que no leen y algunos ni saben leer—lee "para" escribir, "para" encontrar temas o sugerencias de escritos y no creemos que pueda inspirarnos nada lo que ha escrito un contemporáneo y coetáneo nuestro, un hombre que vive en nuestro país y en nuestro tiempo. Porque creemos, alguna vez, sin duda, equivocándonos en ello, que un escritor que con nosotros convive, que está rodeado del mismo ambiente intelectual y moral, no puede darnos lo que ese ambiente no nos dé. O sea porque no creemos en la originalidad individual. Que un escritor español parezca original en Inglaterra, en Suecia, en Italia o en Rusia no nos chocha, pero lo atribuimos a que su originalidad es la de ser español, la de decirles allí lo que aquí todos nos decimos.

Otras veces el escritor no lee a otro escritor su compañero de país y de época por temor a contagiarse, es decir, a que si luego se deja in-



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES



fluir de él se lo reprochen y hasta le mienten la tontería esa del plagio. Cuando publiqué mi "Vida de Don Quijote y Sancho" un buen amigo mío, escritor de mucho ingenio y de no escasa originalidad, me escribió diciéndome que no quería leerla hasta no haber acabado unos comentarios al "Quijote" que estaba escribiendo, no sé si para conservar mejor su independencia de juicio o para poder decir, si en algo coincidía conmigo—como es inevitable—que al escribir lo suyo no conocía lo mío.

Hay, además, quienes sólo leen para poder hablar de un autor o de una obra y si encuentran modo de hacerlo sin tener que leerlo están aviados. De aquí que uno lea, de ordinario mal, para muchos. Con que en la tertulia literaria haya un lector hasta, pues sobre las impresiones de él forman los otros su composición de lugar. Y así ocurre que hay escritores muy discutidos y sin embargo muy poco leídos. Sobre todo si han sido clasificados y etiquetados y motejados con cualquier mote. Y si se les lee como se va a buscar en ellos lo que se presupone que hay, se escapa lo demás y hasta lo que se cree ver allí es puramente de prejuicio.

Autob.

Guardo entre mis papeles el manuscrito de una crítica de mi susodicha obra, crítica que no se llegó a publicar, y que se debía a la pluma de uno de nuestros mejores periodistas, escritor sagaz, agudo y cultísimo. Pues bien, la había escrito no más que por las noticias que de ella le dieron unos compañeros que me oyeron leer unos pasajes antes de entrar la obra en prensa. Y hace poco he leído en "Le Temps", de París, una corta noticia sobre otro escrito mío en que se me atribuyen cosas que no he dicho ni en él ni en otro alguno. Al crítico parisiense le han dicho que soy ¿qué creerán ustedes? pues... ¡católico! y ha hecho sobre esto su composición de lugar. ¡Así se hace la crítica!

Otras veces la supuesta crítica no es más que chismorreo. Un joven

peruano que llegó a Madrid a procurarse un éxito de escándalo literario relatando chismes y cuentos y pequeñas maledicencias de literatos me escribió preguntándome en qué "valores juvenes" creía yo. Le contesté que eso importa poco y que lo derecho es juzgar directamente las obras sin meterse a escudriñar floquezas de sus autores. Y que no hiciera mucho caso de lo que unos escritores dicen de otros, pues, en el fondo, se estiman mutuamente más de lo que parece. Cuando se conocen, añado ahora. Lo que sucede pocas veces. Y no se conocen lo bastante porque las ásperas condiciones de vida para los que tienen que comer, o siquiera que desayunar, de la pluma, les aíslan y separan.

Y luego la pereza, la economía de esfuerzo, a que nos lleva una vida trabajosa. Al que escribe mucho suele quedarle poco tiempo, y menos ganas, de leer lo que no le sirva para su escribir. Y hay quien prefiere leer críticas y juzgar por ellas a leer directamente lo que ha de juzgar. Menéndez y Pelayo, que fué un crítico artista, lleno de calor y de luz, ha hecho, contra su voluntad, un daño grandísimo, pues con sus obras forjó remedios-vagos. Hay muchos profesores de historia literaria española que ateniéndose a los juicios ya hechos por aquel se creen eximidos de tener que leer las obras originales. Y si las leen lo hacen con autojerías y no ven en ellas nada que no hubiese visto Menéndez y Pelayo, y si lo vió mal también lo ven mal ellos.

¡La frecuencia con que he oído a algún escritor cuando se le recomendaba la obra de otro a quien creía conocer: "para qué, si ya lo que ha de decir en ella!..." Crea Salaverría que no hablamos unos de otros porque no nos conocemos, y no nos conocemos porque creemos conocernos, sin ser así, y sobre todo porque a cada uno de nosotros nos falta tiempo que dedicar a nuestros contemporáneos y coetáneos, de quienes no solemos esperar sugerencias originales.

